

# Estado, desarrollo económico y proletariado

SERGIO DE LA PEÑA

Una de las características más notables del desarrollo del capitalismo en México durante los últimos 25 años consiste en el extraordinario poder relativo del Estado, o sea de la burguesía, frente a las clases explotadas. La explicación clasista de esta prepotencia y la forma como ha cambiado en este cuarto de siglo es el objetivo principal del presente ensayo.

## EL DESARROLLO ECONOMICO A MEDIADOS DEL SIGLO XX

Los años cincuenta se iniciaron para el país, aún primordialmente exportador de minerales y de productos agropecuarios, bajo el signo de un violento desajuste económico y político.

México se encontraba en esos años en la urgente necesidad de consolidar su base industrial, lo que era una formidable tarea porque ésta se había desarrollado con una marcada orientación hacia la producción de bienes de consumo.<sup>1</sup> Ello había sido consecuencia de la política de sustitución de importaciones, de protección a empresarios y de saqueo al consumidor, que era sólo la expresión en la esfera de la distribución de la desorbitada explotación del trabajo.

Aunque la industrialización se inició en forma incipiente desde el período porfirista en el siglo pasado, bajo el impulso del crecimiento del capitalismo mundial, solamente logró convertirse en el centro y objetivo principal del desarrollo con el proyecto nacionalista de los años treinta, y avanzar con el auge de la segunda guerra mundial. Al calor del nacionalismo se diseñó un aparato de protección, de financiamiento, de creación de servicios básicos, de formación de mercados, y también de control de las rebeliones de los trabajadores. Sin duda el sistema de impulso capitalista fue exitoso, pero en los años cuarenta requería importantes ajustes para seguir creciendo.

El panorama industrial nacional se alteró profundamente al término de la segunda guerra mundial. En un primer momento, al agotarse las demandas bélicas, la industria de Estados Unidos arrebató los mercados latinoamericanos que precariamente habían dominado durante la guerra los rapaces capitalistas mexicanos, y aun amenazó con engullirse de nuevo el mercado nacional. Ante estas tentativas los burgueses nacionales reclamaron y obtuvieron poco después, la creación de mayores defensas proteccionistas mediante más elevados aranceles y otros medios, a fin de bloquear la inundación de importaciones que caracterizó los dos primeros años del alemanismo (1946-1947 y 1947-1948).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase varios autores, *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, Nacional Financiera, S. A., y Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

<sup>2</sup> El desamparo de las burguesías de los países latinoamericanos frente a la ofensiva librecambista de Estados Unidos se expresó

Bastaron dos años para dilapidar las divisas que se habían acumulado durante el conflicto bélico gracias a las fuertes exportaciones y la imposibilidad de importar. Este gasto dio carácter de derrochador al alemanismo, fenómeno que se repetía por entonces en varios países latinoamericanos.<sup>3</sup>

Se importaban todo tipo de bienes. Desde numerosos cadillacs y otros artículos de consumo, hasta materias primas y bienes de capital para reponer el desgastado aparato productivo y ampliarlo. La presión para importar era incontenible, a pesar de las protestas de industriales. Las compras se combinaron con el retroceso de las exportaciones al contraerse las necesidades bélicas norteamericanas y terminarse los efectos de la reconstrucción europea, dando lugar a la ruina del país. Las devaluaciones de 1947 y 1948 fueron la evidencia de una política que, además de equívoca y frívola, suponía una carga adicional a la miseria del pueblo.

La protección industrial, con su natural sello nacionalista, se elevó y reforzó en los años finales de la década de los cuarenta, pero a pesar de todo había claras evidencias de tendencias al estancamiento económico. En efecto, el escaso crecimiento de la economía (a diferencia del ostentoso consumo de lujo), se combinaba con una concentración creciente del ingreso como efecto de la explotación y de la inflación. Todo ello limitaba fuertemente el mercado de manufacturas en general y aun el de productos esenciales.

Por otra parte, la renovación del nacionalismo que lograron los industriales para protegerse de las agresiones económicas externas se sustentaba en un equívoco. Este consistía en el supuesto de que el capitalismo norteamericano de posguerra seguía prevaleciendo y que de acuerdo con la pauta tradicional hostilizaba todo intento nacionalista. En realidad, la economía de Estados Unidos había sufrido un profundo cambio cualitativo y cuantitativo durante la guerra al crecer desafortadamente sus fuerzas productivas. Ahora contaba con una base económica cuyas relaciones entre producción, ocupación e ingreso, condicionaban la existencia de un enorme excedente productivo que el mercado, determinado por la distribución del ingreso, estaba incapacitado para absorber. Es decir, el mantener en un elevado nivel la producción era una exigencia política del trabajo y una demanda económica de la burguesía. Pero el logro de este objetivo exigía una actividad que arrojaba ganancias tan grandes que era imposible aplicarlas a la inversión nacional sin crear una subsecuente expansión de la producción que no podía absorber el mercado interno. A su vez la sobreproducción conducía a la desocupación y al fantasma de la revolución social.

La solución obvia para lograr una elevada ocupación interna sin alterar la distribución del ingreso (o sea la explotación), era la exportación de capitales, que aplicados a adquirir bienes norteamericanos daban lugar al uso mayor de

su capacidad productiva interna.<sup>4</sup> Es decir, Estados Unidos entraba finalmente, debido a la expansión formidable de su capacidad productiva, a la era de la exportación de capitales que daba nuevo sentido financiero y político a su imperialismo. Superaba las etapas de aspiraciones coloniales, de dominio de mercados y de control directo de fuentes de materias primas y se concentraba en los mecanismos financieros y comerciales.

La guerra de Corea vino a aliviar la situación crítica para México creada por los resabios de la política económica externa de Estados Unidos, que sólo ajustó sus nuevas pautas en el caso de América Latina a finales de los años cincuenta. Pero también la renovación de las enormes compras de materiales estratégicos (plomo, cinc, algodón, azufre, etc.), para su guerra en Corea, estimuló el crecimiento externo sobre la industria mexicana a través de la expansión del mercado interno. Sin embargo, fue apenas un respiro de dos años por cuanto las demandas internas crecían pero sin aliviar la explotación brutal del trabajo. Por ello, la concentración del ingreso y la astringencia del mercado seguían avanzando.

En síntesis, el desarrollo industrial de México demandaba la expansión de industrias básicas y avanzar hacia la producción de bienes intermedios y de capital, pero ello requería una difícil reorientación en los empresarios y en el Estado que debían superar su sentido más primitivo y rapaz mediante una profunda modernización. Por otra parte, la industria se enfrentaba para su crecimiento a las limitaciones de un aparato financiero anacrónico, así como a la inexistencia de un mercado de valores, al uso de formas arcaicas de política fiscal y al grave peligro de que el mercado, de escasa dinámica, decayese aún más.

Por su parte, la minería se había desarrollado durante la guerra mediante sistemas técnicos tradicionales. Al final del auge bélico la reducción de los precios y de la demanda externa confrontó a la actividad con su atraso y con su orientación a la exportación. Pese a los paliativos que el Estado aplicó a favor de este sector, ya a finales de los años cuarenta se encontraba en franca bancarrota. El poderoso estímulo de las compras bélicas para la guerra de Corea por Estados Unidos vitalizó temporalmente la actividad minera, pero por la irresponsable explotación de recursos sin inversiones adecuadas por parte de los empresarios y por la lenidad pública, estuvo incapacitada para aprovechar este impulso y reconstituirse.

A mediados de siglo la agricultura y la ganadería comerciales se enfrentaban, igual que la industria, a serios problemas financieros, tecnológicos y de mercado. Las posibilidades de expansión exigían la ampliación de las tierras bajo explotación capitalista y la intensificación de su uso mediante riego, caminos y transformaciones técnicas que eran de urgente realización.<sup>5</sup> El consumo interno y la capacidad para importar del país dependían peligrosamente, en el caso de la agricultura, de cultivos aleatorios que

plenamente en los acuerdos de La Habana de 1947. Véase la brillante argumentación al respecto, que sustentó la política proteccionista de México, en J. Reyes Heróles, *La Carta de la Habana*, EDIAPSA, México, 1948.

<sup>3</sup> Véase CEPAL, *Estudio económico de América Latina, 1949*, Nueva York, 1951, así como CEPAL, *El desarrollo económico de América Latina en la posguerra*, Nueva York, 1963.

<sup>4</sup> El símbolo de esta solución en la posguerra fue el Plan Marshall. Véase P. Sweezy, *Capitalismo e imperialismo norteamericano*, Merayo Editor, Buenos Aires, 1973.

<sup>5</sup> Véase A. González Santos, *La agricultura*, FCE, México, 1957.

mostraban una perspectiva incierta tanto del lado de la producción como del de los mercados internos y mundiales.

Para entonces se observa en las actividades agropecuarias una definitiva orientación capitalista, que se caracteriza por que empresarios y funcionarios aceptan el "sacrificio" de recursos entregados al agrarismo a cambio del abierto desarrollo empresarial en las mejores tierras. A ello sirvieron las múltiples iniciativas del Estado para estimular el capitalismo en el campo y cancelar, y utilizar en ocasiones, las tendencias campesinas no capitalistas.<sup>6</sup> En realidad el desarrollo empresarial de las actividades agropecuarias, igual que en el caso de la minería y de la industria, se inició, en cierta medida, con la ayuda que aportó la cancelación de las tendencias capitalistas en algunos sectores rurales. En efecto, mediante el reparto masivo de tierras y la intencionada marginación de núcleos importantes de población para su incorporación al capitalismo, el Estado había logrado que una parte considerable de campesinos retuviese sus formas de organización no capitalistas. A ello contribuyó el estímulo a la proliferación de pequeñísimas propiedades, que junto con las tierras ejidales de imposible conversión a la explotación comercial, formaron el núcleo no capitalista. La no integración, en casos excepcionales, era debida a su resistencia anticapitalista, siendo más frecuente que permaneciesen marginados por el desinterés o la incapacidad del sistema para incorporarlas.

Mediante el reparto de tierras o gracias a su promesa, la reforma agraria aportó mecanismos poderosos de retención de población campesina en la tierra, lo que ayudó a congelar el proceso capitalista de desvinculación entre productores y medios de producción. De ello se encargó la inalienabilidad de la tierra, la fragmentación de ésta, el permanente estímulo oficial a la esperanza de obtener una parcela y las normas correspondientes a las notables políticas de prolongar todos estos efectos. En éstas resaltan la regla de los "derechos a salvo" que permite formar ejidatarios teóricos por adelantado; la creación de complejos y tardados sistemas de reparto y confirmación de tierras (en 1975 se confirmaron repartos hechos por Zapata [en 1912!]); la decisión inconvertible de impedir la explotación colectiva, etcétera.

Debe señalarse que de la etapa de obstaculizar la organización colectiva de "entonces", o sea de hace cuatro decenios, a la aceptación y estímulo actuales del colectivismo agrario, media la diferencia fundamental de que aquella era parte de un proyecto político antagónico al de la burguesía, y el de ahora es un esquema económico de ésta. De aquí que sea promovida ahora por el Estado y que disponga de tan escaso margen de buen éxito.

En todo caso, la reforma agraria además de sustentar el desarrollo capitalista (estímulo al capitalismo en la agricultura, destrucción de focos de resistencia anticapitalista), y de proporcionar logros de carácter político, tales como la pacificación rural que era fundamental para el desarrollo capitalista en otras actividades y en la propia agricultura,

aportó elementos para conservar el carácter campesino en amplios núcleos rurales.

Esta forma de desarrollo rural del capitalismo ayudó a frustrar la formación de clases capitalistas y a desviar sus luchas. Además se retuvo un gran volumen de población fuera del sistema empresarial en el campo, limitando la migración rural-urbana para su ventaja, por cuanto el capitalismo tardío era incapaz de utilizar plenamente las fuerzas productivas a su disposición. Con lo cual también se trasladó a las ciudades el efecto retardatario de la lucha de clases ya que la presencia de masas crecientes de trabajadores en las áreas urbanas, pese a su desorientación clasista inicial que puede durar decenios, conduce gradualmente al surgimiento del conflicto social. Este será primero de carácter popular y general (por demandas de servicios públicos, por ejemplo), pero se convertirá eventualmente en clasista al irse encuadrando dichas masas en clases capitalistas cada vez más definidas.

#### LAS CLASES SOCIALES EN TORNO A 1950

A mediados del siglo XX se encontraba México con una clase proletaria ya formada, al igual que las otras clases obreras (o sea agrícolas), debido al desarrollo capitalista de la industria de transformación, de la construcción, de la minería y de la agricultura. A pesar de todo, el conjunto de la clase obrera, y sobre todo el proletariado, era relativamente pequeño (los obreros representaban alrededor del 31% de la población económicamente activa y menos de la mitad era el proletariado industrial).<sup>7</sup> En aquel entonces todavía la mayor parte de los ejidatarios sobrevivía principalmente del producto de sus parcelas.

Además incidían poderosamente en la delimitación de la clase obrera varios elementos. Uno de ellos era la elevada desocupación y subocupación del trabajo que prevalecía en el mercado, que llevaba a las clases a confundirse en su competencia por el salario. Un indicio de la desocupación en México en esa época es el de la emigración de braceros a Estados Unidos, que provenía por igual de áreas rurales y urbanas y alcanzaba dimensiones formidables (en 1954 se expulsó de ese país a más de un millón de braceros mexicanos ilegales, según su Servicio de Inmigración, y se puede estimar que en ese año la afluencia total de braceros llegó a un millón y medio).

Un segundo elemento de peso creciente era la proporción de explotados en actividades improductivas (servicios domésticos, pequeño comercio, servicios personales, gobierno, etc.), que ya alcanzaba a ser 16% de la población activa, cuya ubicación clasista era diluida por el tipo de ocupación y por la influencia campesina, y a su vez ésta incidía sobre la delimitación de la clase proletaria.

La pequeña burguesía urbana era destruida pero se renovaba aún más rápidamente al calor del crecimiento económico y de la subocupación. Su proliferación incrementaba, a su vez, el contingente de explotados (empleados y traba-

<sup>6</sup> El sentido campesino lo identifico, con el de productor mercantil-simple. Véase R. Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, ERA, México, 1974.

<sup>7</sup> SIC, *Censo general de población, 1950*.

adores), y de explotadores (propietarios), que cobraban una difícil identidad de clase.

En el campo se había reforzado la pequeña burguesía rural (comerciantes y propietarios en pequeño). También había avanzado considerablemente la creación de grandes empresas capitalistas con su consecuente formación de obreros agrícolas, aunque usualmente la burguesía correspondiente se localizaba en centros urbanos nacionales y del exterior.

Por último se encontraba la masa campesina, incluyendo los núcleos indígenas, que había cedido en peso relativo, más no numérico, al capitalismo ejidal o privado, así como los mejores recursos naturales. Empero, el reforzamiento campesino que efectuó la reforma agraria, incluyendo la fragmentación de parcelas, ejercía poderosa influencia contraria. Además, el agrarismo había cobrado un gran impulso popular de manera que aun cuando la burguesía y su Estado lo quisiesen, no podía frenarse el proceso de reparto de tierras. Esto quedó demostrado durante las embestidas antiagraristas de la época alemanista.

No existían para entonces sino unos cuantos latifundios porfiristas, y en cambio habían proliferado los latifundios de los honestos revolucionarios, que habrían de ser motivo de largas luchas agrarias.

Las organizaciones clasistas de los explotados provenían en gran parte de las iniciativas manipuladoras del Estado. La represión de los intentos de formación de organizaciones laborales y políticas autónomas era formidable y sólo mediante largas luchas se sostenían unos escasos baluartes independientes. En ello influía definitivamente la reducida participación obrera en las luchas clasistas y políticas lo que hacía posible una gran represión.

La burguesía se encontraba plenamente entronizada socialmente, con un dominio económico y político descomunal. En su desarrollo político había arrasado con los resabios antagónicos mayores, anulando a la fracción antiindustrial de origen señorial, eliminando políticamente a los prepotentes generales revolucionarios mediante jugosas concesiones económicas, y reduciendo a los caciques de importancia nacional a un modesto pero letal nivel regional, para consolidar el poder presidencial.

Del lado económico la burguesía aprovechaba todas las oportunidades de exportación y del mercado interno, pero con frecuencia fallaba en su función de acumulación. Les salían a los empresarios los complejos a la vuelta del primer millón, y fácilmente desviaban fondos para satisfacer sus grotescos afanes aristocratizantes (cuyo símbolo fueron las "residencias" de Polanco, las Lomas de Chapultepec, etc.), lo que no era tan negativo como la notable ignorancia técnica capitalista que portaban. Con frecuencia los empresarios tuvieron que ser formados por el Estado a través de grandes concesiones, ante la incapacidad de llenar aun su función elemental de acumular.

En consecuencia, el Estado ya era un aparato capitalista legal, administrativo y económico de extraordinario poderío. Además, usaba este poder con escasas restricciones, discreción o vergüenza, para ventaja de la burguesía. Desde luego

atacaba a explotados rebeldes, pero también a la burguesía más conservadora que se oponía al esquema de desarrollo del capitalismo industrial, que suponía un fuerte contenido e impulso estatales. Debía igualmente combatir las irritadas reacciones de fracciones de la burguesía ante la afectación de sus intereses inmediatos y personales, aun cuando usualmente se trataba de proyectos e iniciativas estatales para su futura ventaja y protección (elevación de impuestos, educación, vigilancia de condiciones de trabajo, etc.). Había, sin embargo, un consenso mayoritario y entusiasta de la burguesía nacional en cuanto al acierto del papel protector del Estado, en contraste con el pequeño grupo de la alta burguesía que desconfiaba de sus escarceos "socializantes", sobre todo en los decenios treinta y cuarenta.

En realidad, el gran poder del Estado no provenía sólo del desarrollo reciente, sino que se originó desde la etapa inicial de la formación del capitalismo industrial en México (último cuarto del siglo pasado).

En ese entonces el acelerado crecimiento económico le dio al Estado porfirista gran poder y gran vocación desarrollista. Por ello el Estado no sólo debía operar en violación permanente de la Constitución liberal de 1857 cuya observación proclamaba, sino que además lo hacía con mucho gusto.<sup>8</sup> La profunda ruptura revolucionaria de 1911-1921 tuvo la virtud de abrir el camino a cambios necesarios para el desarrollo capitalista que se expresaban en forma de demandas de burgueses, de campesinos y de proletarios. Estas se plasmaron en gran medida en la Constitución de 1917, pero ya en los años veinte de nuestro siglo resultaba evidente que la Carta Magna no correspondía plenamente a la relación de fuerzas sociales, sino en gran medida a proyectos y aspiraciones de grupos que sólo parcialmente representaban posiciones clasistas.

La relación de las clases sociales se prestaba en la década 1930-1940 para la expansión del poder del Estado en correspondencia con la gran prepotencia de la clase burguesa (y de su brazo armado, el ejército revolucionario), y aun demandaba tal desarrollo a fin de estabilizar política y administrativamente al país. Esto se desprendería de que la clase burguesa se había formado con antelación a la clase obrera. Además, la delimitación de ésta se hallaba frenada por la presencia de la gran masa campesina por su comportamiento clasista no capitalista. En consecuencia, del lado de los explotados coexistían clases de difícil acción conjunta o alianza, excepto bajo la orientación del Estado.

En los decenios treinta y cuarenta el desarrollo capitalista formó a una clase obrera más definida y mayor pero también reforzó a la burguesía. Además se vitalizó en algunas regiones el sentido campesino del trabajo agrícola.

Así, entre la dificultad de la delimitación clasista del proletariado, la permanencia del campesinado (en tanto clase no capitalista), la dificultad para la formación clara de la clase obrera agrícola, y la proliferación de la clase explotada improductiva (empleados en servicios públicos y privados), junto con su anexo de "lumpen-proletarios", se imponía con

<sup>8</sup> Véase Arnaldo Córdoba, *La formación del poder político en México*, ERA, México, 1973.

relativa facilidad la prepotencia de la burguesía y del Estado a mediados del siglo.

Para reforzar su poder, el Estado usó con gran habilidad, primero, la idea de la unidad nacional, que se basaba en la unión de clases para el desarrollo de la burguesía, y después, los poderosos efectos del crecimiento económico de la época de guerra.

#### EL DESARROLLO CAPITALISTA EN LA DÉCADA DE 1950-1960

Al término de la guerra de Corea se replantearon los obstáculos al crecimiento del capitalismo del país. Con la caída radical de las exportaciones, que culminó con la devaluación del peso en 1954, se vino abajo la débil dinámica del sistema que fundamentalmente seguía sustentado en las ventas al exterior. Los desequilibrios que provocaron las crisis norteamericanas de 1951-1952 y de 1957-1958, siguieron la pauta tradicional de reducción de exportaciones mexicanas y de consiguientes repercusiones intensas en la acumulación y por consecuencia en la ocupación y en el mercado interno. Todo ello sólo ponía en evidencia una y otra vez que el desarrollo capitalista independiente no se había alcanzado y que la opción de un desarrollo asociado con Estados Unidos adelantaba poco, a pesar de los desesperados esfuerzos en ese sentido de funcionarios públicos y empresarios mexicanos.<sup>9</sup>

La lucha por modernizar el sistema productivo, financiero, mercantil y administrativo, se enfrentaba a grandes obstáculos. Estaba la pesada dependencia de las importaciones, la estrechez del mercado interno determinada por las relaciones de distribución prevalecientes y, como consecuencia obvia, la escasez de capital para extender e intensificar la explotación capitalista.

A consecuencia de la insuficiencia de la base productiva fundamental y debido a la inestable condición mundial que prevaleció en esos años, toda la década de los cincuenta se caracterizó por un crecimiento económico débil (promedio de 5.5% anual) e irregular (agricultura, minería y construcción retrocedieron en tres de los diez años).<sup>10</sup>

El desarrollo agrícola cambió gradualmente hacia una expansión que se sustentaba crecientemente en la intensificación de la explotación de recursos naturales y del trabajo.<sup>11</sup> Desde luego también se extendían las superficies cultivadas, todo ello gracias a la terminación y nueva construcción de ambiciosos proyectos de riego y del otorgamiento de crédito.

En el área industrial, a pesar de las dificultades económicas, se fueron completando algunas de las bases productivas esenciales, en gran parte mediante el concurso del

Estado, pero también con la creciente participación de inversiones extranjeras que poco a poco acudían a los ruegos de la burguesía (la industria manufacturera creció 6.7% anual en el decenio).<sup>12</sup> Sin embargo, aún era insuficiente este ritmo de crecimiento para saciar las ambiciones capitalistas y para aliviar las luchas internas, por lo que la alfluencia de muchos más recursos externos se planteaba como la única solución para el crecimiento, ya que los empresarios nacionales eran incapaces de imprimirle un desarrollo más acelerado.

Los efectos de las recesiones externas de los años cincuenta señalan los dolores del ajuste del crecimiento interno a las condiciones del capitalismo mundial, el que a su vez ya había cambiado de signo y contenido, como se ha comentado previamente. La desavenencia entre los intentos de desarrollo interno y la pauta del capitalismo mundial se expresaba con frecuencia en impulsos nacionalistas por escapar de la esfera de influencia económica mundial, lo que contrastaba con la abierta y entusiasta cooperación del Estado y de la burguesía a la guerra fría norteamericana, y la insistencia correlativa por atraer capitales del exterior. Tal es el sentido del programa de colaboración entre Estados Unidos y México propuesto por el embajador mexicano ante el Consejo de Comercio Exterior de ese país en octubre de 1950.<sup>13</sup>

Las organizaciones sindicales centralizadas, fuertemente influidas por el Estado, se transformaron en un brazo mediatizador laboral. Las luchas sindicales autónomas eran escasas y con frecuencia eran aisladas y anuladas por la combinación del peso de las centrales oficiales (ya convertidas en abiertos aparatos ejecutivos e ideológicos del Estado) y la bárbara represión abierta.

Las luchas campesinas, a su vez, se orientaban principalmente hacia la obtención de tierras (reforzando su sentido campesino) aunque también los combates de un carácter capitalista de clase más definido cada vez eran más numerosos.

Para entonces estaba claro que no podía detenerse la acción agraria sin graves riesgos políticos. Pero también era evidente que ésta aportaba grandes ventajas al Estado por cuanto ayudaba a preservar el contenido campesino de la población rural.

Las perspectivas del desarrollo capitalista se encuadraban rígidamente dentro de la condición de no alterar la bárbara concentración del ingreso (o sea la explotación del trabajo) que se empeoraba por los efectos de la inflación permanente.

<sup>12</sup> Nafinsa, *op. cit.*

<sup>13</sup> El debate sobre inversiones extranjeras polarizó dos posiciones abiertamente antagónicas. En un extremo, los opositores empresarios industriales (véase el número 1-2, vol. IX de enero-junio de 1957 de la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, y J. D. Lavín, *Inversiones extranjeras*, México 1955) y en otro los comerciantes entreguistas y con ellos el Estado y sus ideólogos (por ejemplo, J. Sánchez, *Ensayo sobre una política de inversiones extranjeras en México*, CONCANACO, México, 1955, así como varios autores, por cierto miembros del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacional, *Inversiones extranjeras*, Cuestiones Nacionales núm. 8, México 1958).

<sup>9</sup> Las gestiones para obtener créditos y atraer inversionistas empezaron desde los años de guerra, con el Tratado de Comercio México-Norteamericano de 1942, y siguieron con las mutuas visitas de Truman y Alemán en 1947, previo arreglo, desde luego, de la deuda petrolera.

<sup>10</sup> Nafinsa, *La economía mexicana en cifras*, 1972, México, 1974.

<sup>11</sup> Véase C.L.P.A.L., *El caso de México*, La Paz, 1957 (versión en mimeógrafo).

Por ello la única salida capitalista era la mayor acumulación. Pero la de origen nacional era poco dinámica y adolecía de deficiencias, ya en su volumen, ya en su orientación. Esto determinaba limitaciones en la oferta y en la ocupación, lo que creaba condiciones de inestabilidad interna que cada vez eran más peligrosas. Ante la falta de opciones políticas y económicas se aplicaba una creciente represión para enfrentar las luchas populares y clasistas. Los restringidos mercados internos y la acumulación sólo podían ampliarse en etapas de auge de las exportaciones, ya que la capacidad del capitalismo primitivo mexicano cancelaba otras posibilidades. Pero el auge externo no se producía con firmeza en los tormentosos años de la década de los cincuenta, y además éste no dependía de la burguesía mexicana. Tampoco fluían con suficiente abundancia recursos externos para sostener un crecimiento que, sin alterar la explotación, evitase la insurgencia del trabajo que le era peligrosa aun con su sentido general y popular, más que proletario.

En efecto, una consecuencia de la influencia de la masa campesina migrante sobre los obreros industriales, que se auno a la que en igual sentido ejercía la masa de desocupados urbanos, consistió en la inclinación inevitable a la defensa de los escasos trabajos ante el ataque de este contingente del ejército industrial de reserva, aun siendo desorganizada, manipulable y móvil. Ello determinó en gran medida el sentido gremialista del sindicalismo en México que ha prevalecido durante varios decenios.<sup>14</sup> No menos importante en este sentido es que una gran mayoría de la población urbana era migrante hasta muy avanzada la década de los años sesenta. Todo ello conducía, sin remedio, excepto en los cortos períodos de intensa lucha, a una gran confusión en las clases sociales.

En esa etapa del desarrollo del capitalismo en México las clases sociales explotadas no se podían definir simplemente frente a sus explotadores, lo que ya de por sí es un proceso difícil y largo, sino que se encontraban también determinadas (es decir, delimitadas), por su competencia ocupacional frente a clases explotadas que se comportaban como portadoras de categorías de explotación no capitalistas (campesinado, artesanado).<sup>15</sup>

Este desarrollo de las clases explotadas ha sido muy favorable para la burguesía. Por una parte le permite entrenarse entre sí a grupos de explotados para mantener bajos salarios. Por otra, puede ejercer las nocivas prácticas paternalistas, ya con el campesinado, ya con el proletariado, para incrementar la ventajosa confusión. Desde luego le facilita la manipulación del proletariado a través de la combinación de corrupción y favores que da lugar al conocido fenómeno del charrismo, el que persiste porque no se limita al abuso sino que también otorga concesiones graduadas de mejoras sindi-

cales y de pequeñas ventajas a diversos grupos laborales. Incluso en ocasiones encabeza reivindicaciones en contra de empresarios para mantener un prestigio sindicalista y reforzar su poder. La vida y milagros de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) es un ejemplo claro de este funcionamiento.

En realidad, esta forma de operación, que alcanzó su éxito mayor en los años cincuenta, es la principal fuente de la fortaleza del Estado mexicano. Su poderío no se genera en el peso que tiene en la economía ni en la indudable capacidad de represión que acumula, sino por lo contrario, estas características surgen de la prepotencia clasista de la burguesía. A su vez, dicha prepotencia se debió principalmente a que logró retardar por varios decenios la formación de las clases explotadas del capitalismo, así como al crecimiento económico que ha logrado sostener. Para ello aprovechó con gran pragmatismo todas las posibilidades de expansión económica y alimentó con habilidad la confusión interclasista de los explotados, en gran medida, manipulando al campesinado.

De esta manera son fuentes del poder del Estado burgués en México el apoyo social al capitalismo que genera la formación ideológica y el poder de represión. Sobre todo es el notable adelanto de la clase burguesa en cuanto a su constitución y acción clasista frente a la imposibilidad de plena delimitación que tenían las clases explotadas en general y la proletaria en particular, y, por tanto, a su dificultad para emprender una lucha más eficaz.

Las consecuencias eran la imposición electoral, ampliamente soportada por gran parte de la población, el predominio casi absoluto de la ideología del Estado burgués paternalista y represor, así como la recreación permanente de la idea de la unidad nacional y del gran peligro externo, a fin de manipular con mayor facilidad la lucha de clases. Para ello se usaron hábilmente las vías ideológicas fundamentales, como son la educación, los medios de comunicación y las estructuras gremiales.

Como contrapartida de la prepotencia de la burguesía se encontraban los impulsos crecientemente definidos de las clases explotadas. El desarrollo capitalista imponía, pese a la acción opuesta del Estado, la formación cada vez más definida de las clases. Por otra parte, las condiciones de explotación no se aliviaban con el simple crecimiento económico. De aquí que en las etapas de las graves recesiones económicas la insurgencia obrera creciese, rebasando los sistemas de control sindical y de represión para formar movimientos poderosos. Tal es el caso de numerosos conflictos y luchas rurales, del movimiento obrero de 1950, del estudiantil y magisterial de 1956, y sobre todo del obrero de 1958-1959, que conducía hacia una democratización sindical y del país, lo que con enorme represión evitó el Estado.

Es de suponer que el argumento del peligro de la proliferación de luchas de esta naturaleza que podían subvertir al sistema fue utilizado por el Estado en las negociaciones con el Gobierno de Estados Unidos para obtener ayuda financiera y una política comercial de socio y no de competidor. En todo caso, el temor de movimientos de esta envergadura, pese a que se encuadraban totalmente dentro del propio

<sup>14</sup> Desde luego se trata de una generalización que encuentra numerosas excepciones en cada región. Pero con estas limitaciones se establece con nitidez la influencia gremialista del sindicalismo por la feroz competencia por la ocupación.

<sup>15</sup> De aquí también la supuesta condición aristocrática de núcleos de obreros bajo condiciones menos deplorables que el resto, argumento de la burguesía para su manipulación. En rigor, lo coherente es plantear la exigencia de que esas condiciones sean los mínimos que deben prevalecer para el trabajo en todas las unidades de explotación capitalista.

orden burgués (derechos de sindicación, de huelga, de manifestación), se expresa en la bárbara violencia, en los asesinatos y en la magnitud de las condenas de cárcel de los dirigentes de las luchas proletarias de 1958-1959.

#### QUINCE AÑOS DE CAPITALISMO ASOCIADO Y LUCHA DE CLASES 1960-1975

Con los cambios en la situación del poder mundial, la prepotencia de Estados Unidos en América Latina empezó a alterarse. La evidencia principal de ello fue que la Revolución de Cuba impuso notables cambios en la política imperial.

Desde finales de los años cincuenta, pero sobre todo el inicio de los sesenta, la nueva orientación de la política externa de Estados Unidos se hizo sentir con enorme peso sobre el desarrollo de México. Se abrieron las arcas de los créditos e inversiones de acuerdo con la táctica para el combate al comunismo (la creación de la Alianza para el Progreso) y con las urgentes necesidades de la economía de dicho país de sostener su crecimiento. En esos años también se transmitieron a la economía mexicana los efectos de la guerra de Estados Unidos en Viet Nam en forma del incremento de las exportaciones de bienes primarios y de la elevación de sus precios. No menos importante en el desarrollo del capitalismo en México en esa época fue la asociación cada vez más intensa de inversionistas nacionales y externos, o sea, de burguesía, no sólo por el aporte financiero, de gran importancia, sino también por la transferencia tecnológica y la vinculación administrativa y comercial con el centro del capitalismo mundial. Las consecuencias fueron múltiples, ya en cuanto a la servidumbre de la vinculación financiera y técnica, ya por el poderoso crecimiento industrial, ya por la entrada del país al selecto grupo de exportadores de productos industriales; en síntesis, el desarrollo capitalista dentro de las características únicas de éste en la actualidad. Es decir, un desarrollo obviamente dependiente, asociado, desequilibrado, lucrativo, internacional y ventajoso para la burguesía.

La abundante disponibilidad de financiamiento externo y de trabajo interno explotable condujo a una rápida acumulación desde 1963. La elevada inversión pública en obras básicas, y la inversión privada, de la que alrededor de una cuarta parte era extranjera (aplicada sobre todo a servicios), caracterizó la nueva pauta. Ello, junto con la ampliación del mercado y la asociación de burguesías de ambos países, dio lugar a un poderoso desarrollo del capitalismo.<sup>16</sup>

El crecimiento de la economía en el lapso 1960-1974 fue notable, tanto por su ritmo (6.5% anual) cuanto por la

regularidad del mismo, a pesar de los recesos y crisis de Estados Unidos (el crecimiento menor fue de 3% en 1971).<sup>17</sup> Además, debe resaltarse que en todo el período se mantuvo como sector de punta la industria manufacturera, con crecimiento sistemáticamente más elevado que el total de la economía, bajo el impulso de la inversión extranjera. Una importante consecuencia de éste crecimiento ha sido la transformación en industrial del país lo que se expresa, por ejemplo, en la incorporación de un volumen y variedad cada vez mayor de manufacturas a la exportación. Otra ha sido la capacidad para elevar y diversificar la oferta interna de productos industriales, incluyendo bienes intermedios y de capital.

En contraste, la agricultura, una vez incorporado el efecto del cambio tecnológico de principios de los años sesenta de la llamada "revolución verde", entró en un peligroso estancamiento que se inició en 1966 y prosiguió hasta 1974. En estos ocho años tuvo retrocesos en la mitad de ellos, por lo que apenas creció 0.6% anual en ese lapso.<sup>18</sup> Las causas centrales se localizan en la renuencia del capital privado nacional y externo a invertir en condiciones de inseguridad y de menor utilidad que en otros sectores, y en la errónea política gubernamental en cuanto a la orientación crediticia, de precios, de distribución y de inversiones.

En igual sentido incidió el agotamiento de la posibilidad de continuar con la política agraria de apaciguamiento campesino. En efecto, esta empezó a afectar seriamente al sector empresarial de la agricultura, al extenderse a sus tierras las invasiones de agraristas exasperados por promesas y manipulación. Y con estas amenazas se perfila algo más serio, aun para la burguesía que los ataques contra la propiedad: la deficiencia sistemática de la oferta agrícola.

La nueva pauta de crecimiento asociado de la economía en los años sesenta suponía la disponibilidad de grandes fondos para importar, liberando al crecimiento capitalista de las limitaciones seculares de la exportación. El endeudamiento se aceleró rápidamente en correspondencia con el desequilibrio comercial externo. Con todo ello, por fin lograba la burguesía de México la condición ideal para el desarrollo capitalista, consistente en abundante financiamiento, mano de obra barata, mercado interno cautivo y creciente, así como poderoso apoyo externo. Y todo ello lo aprovechó sin restricciones, con lo que emprendió una vigorosa política de crecimiento a toda costa.

A su vez, los cambios acumulados de los decenios anteriores iban alterando algunas de las condiciones sociales tradicionales que usaba la burguesía para imponer la explotación al trabajo. En efecto, el propio desarrollo capitalista iba asalariando cada vez a más trabajadores rurales a medida que iba penetrando en las regiones y actividades todavía marginadas, en las que aún prevalecía la organización campesina tradicional.

Estas regiones se caracterizan por disponer de recursos magros de escaso interés para la utilización capitalista, razón

<sup>17</sup> Banco de México, *Informe anual 1974*.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> El entusiasmo que generó este intenso crecimiento originó una diversidad de estudios técnicos, entre los que destacan los de los mexicanos David Ibarra ("Mercados, desarrollo y política económica", en *El perfil de México en 1980*, t. I, Siglo XXI, México, 1970) y Leopoldo Solís (*La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, Siglo XXI, México, 1970), y los de los norteamericanos R. Hansen (*La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI, México, 1971); W. Glade (*The political economy of Mexico*, U. of Wisconsin, 1968), y C. Reynolds, (*La economía mexicana, su estructura y crecimiento en el Siglo XX*, FCE).

por la cual la población había sido mantenida fuera de esta explotación. En unos pocos casos se trató de núcleos de ejidatarios, parvifundistas y comuneros, que retuvieron las formas no capitalistas de producción por la eventual resistencia campesina al capitalismo. Mas frecuentemente la causa de su marginación, fue el desinterés de los empresarios por los miserables recursos de que disponían esos núcleos.

El proceso de incorporación del trabajo a la explotación capitalista se expresaba en el cambio de las formas de subsistencia, pasando de las autoconsuntivas comunales, a las dependientes de un ingreso monetario. El tránsito usual de la desvinculación del trabajador de sus instrumentos y tierra empezó masivamente. Pero también operó con frecuencia la resistencia secular de la comunidad rural.

Se observa en numerosas comunidades que la integración a relaciones de producción capitalistas, que empezó a suceder hace mucho tiempo, tuvo lugar para la comunidad como conjunto. Este proceso operó al convertirse la comunidad en fuente de mano de obra, de recursos naturales, de excedentes productivos que se transfieren por vías mercantiles, o en simple mercado de productos industriales. Desde luego, este proceso se reforzó, y en ocasiones fue precedido, por los poderosos y tradicionales lazos administrativo-políticos con el sistema nacional (autoridades y leyes municipales, estatales, federales), y en general con los componentes del Estado. Dentro de éstos guardan un lugar fundamental el sistema legal y sobre todo los mecanismos de trasmisión y recreación de la ideología burguesa (educación, radio, televisión, etcétera).

En las comunidades con fuertes ligas internas, de pequeña dimensión y sin recursos naturales apetecibles para el capitalismo, fue posible la vinculación "hacia afuera" que permitió preservar rasgos no capitalistas en su interior. Tal es el caso frecuente cuando la expansión del capitalismo incorpora a campesinos a labores asalariadas que tienen lugar en el exterior de la comunidad. Es decir, el trabajo se vincula a relaciones salariales de explotación que se realizan fuera de la comunidad, pero retiene fuertes ligas con ésta, ya sea que los miembros vayan a diario al trabajo asalariado en áreas vecinas o que emigren durante meses o años para laborar en zonas urbanas y que envíen fondos a su familia. En la comunidad las labores productivas internas van perdiendo importancia para la supervivencia de la familia, que depende crecientemente del ingreso asalariado del emigrante. Pueden así preservar formas de organización no capitalistas en el interior de la comunidad que están definidas, determinadas y sustentadas por la vinculación capitalista más amplia. Sin embargo se observa que aun la producción dentro de la comunidad se efectúa cada vez con más frecuencia mediante ayuda de trabajo asalariado, sin que se altere el destino de autoconsumo de la escasa cosecha.

Así, se extiende *hacia afuera* la vinculación directa con relaciones de explotación capitalista. Eventualmente se introducen a su interior las pautas de explotación asalariada del trabajo, convirtiendo a la comunidad en centro de consumo capitalista que guarda formas de organización interna de trabajo no asalariado, pero que son cada vez menos determinantes para la reproducción económica y social de la propia comunidad.

De esta manera, el proceso de extensión de las relaciones de producción capitalista en el campo a través del trabajo asalariado no rompió en todos los casos la poderosa vinculación hombre-tierra. Por lo contrario, en diversas regiones la vitalizó por cuanto el ingreso obtenido a través de la ocupación remunerada sirvió al propósito campesino de retener el dominio de la tierra, aun cuando se trate de fracciones mínimas poco productivas, pero que son vitales para la supervivencia de la familia al completarse el escaso ingreso del trabajo asalariado con la magra producción parcelaria.

Esta es, sin duda, una etapa transitoria de operación capitalista, aunque prolongada. Existen evidencias de que el proceso de desvinculación tierra-hombre prosigue y se acelera en México, ya sea por el desmembramiento familiar (el trabajador migrante que rompe los vínculos familiares), ya por la acumulación capitalista (la familia adquiere derechos de uso, por renta, posesión o compra, de más tierras y emprende la explotación capitalista), ya por la plena sujeción del trabajo a la condición asalariada dentro de la comunidad.

En todo caso, para 1970 el proceso de descampesinización y la consecuente formación de las clases capitalistas había dominado a nivel nacional. Más del 62% de la población agrícola era explotada en forma de trabajo asalariado y el 6% estaba constituido por explotadores. Restaba sólo un 24% de trabajadores por su cuenta (en gran parte también asalariados eventuales, incluyendo ejidatarios que aportan un 6% a este total), y un 7% de trabajadores familiares.<sup>19</sup> O sea, que el campesinado ya sólo era un factor clasista determinante en unas regiones y con un sentido e importancia fundamentalmente local.

Desde luego la disminución cuantitativa del núcleo campesino se debe al poderoso avance del capitalismo en años recientes, y con éste, a la gradual cancelación de las posibilidades agrarias en las que hasta ahora se había sustentado la campesinización del trabajo rural. Al terminarse desde mediados de los años sesenta las tierras repartibles no susceptibles de uso capitalista, se agotó esta vía de contención de la formación de las clases explotadas. Con las invasiones de tierras (incluso con estímulo oficial), para aliviar tensiones locales incontenibles, y la búsqueda desesperada por parte del Gobierno de soluciones dentro de ese orden, el propio capitalismo ha colaborado a cancelar esta fórmula.

De aquí que desde finales de la década de los años sesenta se constata, junto con el acelerado proceso de descampesinización, la notable aparición de movimientos clasistas rurales y, sobre todo urbanos, cada vez más definidos. Desde luego, en este proceso ejercen importante influencia factores políticos (la operación de organizaciones proletarias, por ejemplo). El resultado ha sido la reducción del poder tradicional de manipulación clasista del Estado, así como el surgimiento de una rebeldía sindical cada vez más combativa, a consecuencia del comportamiento de clase más definido por parte del proletariado.

En efecto, a diferencia del pasado, cuando el campesinado

<sup>19</sup> SIC, *Censo general de población, 1970*.



funcionaba a manera de freno a la proletarización del trabajo industrial, la influencia empezó a operar en sentido opuesto. Es decir, la clase proletaria estimula ahora la proletarización del campo a manera de motor para la radicalización clasista del trabajo agrícola, dentro de una interdependencia mutua.

En las relaciones entre las clases sociales se reflejan con creciente claridad estos cambios. Destacan los actos de insurgencia laboral, que van proliferando y logrando éxitos desde finales de los años sesenta, y las movilizaciones de masas de los sectores menos vulnerables a la represión, como es el caso del de los médicos de 1966 y el de carácter popular estudiantil de 1968. Las frecuentes explosiones locales de rebeldía popular rural y urbana, además de multiplicarse, muestran perfiles cada vez más definidamente clasistas.

Se debe resaltar que en este proceso de definición clasista e influencia proletaria mediante la descampesinización del trabajo agrícola, opera durante largo tiempo en sentido opuesto la "terciarización" de la economía. La proliferación de trabajo en los servicios, la mayoría superfluos, a consecuencia de la incapacidad del capitalismo tardío para ocupar productivamente a toda la mano de obra, genera por un tiempo una orientación escasamente obrerista en los explotados. Es común entre estos trabajadores en actividades terciarias la identificación con actitudes burguesas por efecto del tipo de labor que desempeñan (siendo en rigor su trabajo tan sólo parte del consumo de esa clase) y de la relación personal que con frecuencia auspicia. La superación de estas desviaciones sólo es posible mediante la lucha social, pero ésta se encuentra condicionada por la delimitación clasista del trabajo dedicado a labores terciarias (comercio, administración, servicios personales, transporte, etc.). Para 1970, la mencionada delimitación clasista era notable (70% eran explotados), con la excepción del comercio, en el que la actividad en pequeño proliferó (menos del 50% de los económicamente activos eran explotados y 32% trabajaban por su cuenta).<sup>20</sup>

Desde finales del decenio pasado ya era ahistórico el intento del Estado de mantener su política tradicional de prepotencia y control rígido sobre las clases explotadas. La salida ha consistido en un aumento de violencia, tanto en las zonas rurales cuanto en las urbanas, cuya manifestación más terrible y conocida se produjo el 2 de octubre de 1968.

El Gobierno, a través de sus representantes más avanzados, se vio obligado gradualmente a ceder ante la creciente confrontación clasista. No es que fuese imposible mantener la represión dentro de la pauta prevaleciente durante los pasados cincuenta años, sino que ello demandaba una política de creciente violencia que la burguesía no está, por ahora, dispuesta a adoptar, ni tiene la necesidad de ello, ya que a la represión abierta e irrestricta prefiere la paz aparente, el orden impuestado y el progreso. Pero aún más importante en este giro es que está impuestado a la burguesía y a su Estado por la más definida lucha clasista, giro que consiste en modernizar su forma de dominio. Ante la cambiante correlación de las fuerzas por efecto del desarrollo capitalista, el Estado se ve presionado a ceder campo en las libertades

laborales, políticas y económicas. La disyuntiva consiste en que ceda, o en emprender una peligrosa política de violencia e ilegalidad cada vez más en oposición a las normas y deseos fundamentales de la burguesía.

Esto supone que irá creciendo la presión social sobre el Gobierno para que avance junto con el desarrollo capitalista. Es decir, que acepte una mayor representatividad política de las clases explotadas, una violencia más ajustada a sus propias reglas del juego y una política de negociación más frecuente, en vez del tradicional apaciguamiento o del aplastamiento.

En el sector agrícola, este desarrollo no presupone la crisis sin solución. En realidad, el capitalismo en México puede absorber excedentes considerables de mano de obra rural tanto en el campo como en la ciudad, claro está, dentro de las condiciones de miseria que produce la brutal explotación. Por lo mismo es posible que se intenten diversas soluciones agrarias a la producción y ocupación, no sin grandes dificultades, que pueden ir desde la expansión más acelerada de la explotación empresarial (incluyendo posibilidades de ampliar el sector de empresas estatales, que supondría la nacionalización de los recursos correspondientes), hasta la explotación agropecuaria colectiva y compulsiva en todo el país.<sup>21</sup> Todo es cuestión del grado de emergencia que se imponga a la producción agrícola y al problema político rural y urbano. Es decir, será consecuencia del estado y forma que cobre la lucha de clases.

A pesar de los notables avances por su vigoroso crecimiento económico, el desarrollo de México no ha formado plenamente las relaciones de producción y de las clases correspondientes a un capitalismo avanzado industrial. No obstante, han tenido lugar profundos e importantes cambios en esa dirección que han traído consigo modificaciones en la relación entre las clases explotadas y el Estado, que son irreversibles. En este sentido, ni el desarrollo "estabilizador" de los años sesenta, ni el "desestabilizador" de los setenta ya cumplidos, pudo revertir la incorporación, con todo lo negativo y positivo que ello supone, de la mayoría de recursos y trabajo (aunque sea desocupándolo) a la condición capitalista. Además, se avanza con rapidez hacia completar esta labor de integración a la explotación al agotarse las condiciones para la mediatización más accesibles.

Ahora la interrogante política, una vez formadas en lo esencial las clases capitalistas, consiste, del lado de la burguesía y del Estado, en si tendrán la habilidad y la sensibilidad para modernizar sus formas de explotación y de gobierno para dar nuevo vigor al crecimiento capitalista; y del lado del proletariado y de los explotados en general en si podrán fortalecer y ampliar sus organizaciones laborales y políticas para desarrollar una lucha de clase cada vez más decidida, poderosa y radical. Por esto, el proletariado tendrá que alcanzar la capacidad organizativa y política a fin de convertir en aliados a los restos del campesinado, a los obreros agrícolas, a los explotados en los servicios y aun a fracciones de la pequeña burguesía y de la burguesía nacionalista, para alcanzar objetivos comunes de carácter económico, laboral y político, hasta imponer el socialismo.

<sup>20</sup> SIC, *Censo general de población, 1970*.

<sup>21</sup> Véase Roger Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, ERA, México, 1974.